

OMNIA POSSUM IN EO QUI ME CONFORTAT

A.C.N. DE P.

Año XLIV - Noviembre 1967 - Número 853
Depósito Legal: M. 244-1958

Director:
José Luis Gutiérrez García

EDITORIAL

LA FE, PROBLEMA ESENCIAL DEL MUNDO DE HOY



SUMARIO

Editorial. La Fe, problema esencial del mundo de hoy	1
Obras de la Asociación. La Escuela Profesional de San Jerónimo, de Murcia	2
Carta del presidente	3
Círculos de Estudios. El "Año de la Fe" en el pensamiento de Pablo VI	4
Ecos de unas ejercitaciones. Los Cursos de Renovación Conciliar	7
Actividades de la Asociación. Apertura de curso en el Colegio Mayor San Pablo y Centro de Estudios Universitarios	8

Isaac Peral, 58. Madrid-3

Imprime: S. A. E. Gráficas Espejo
Tomás Bretón, 51. Madrid-7

"La fe sin obras está muerta" (Sant. 1,17).

S. S. Pablo VI ha venido afirmando repetidamente que la problemática fundamental de la hora presente, gira en torno a dos cuestiones esenciales: la fe y la paz.

Ciertamente, vivimos momentos en los que paz y fe se hayan amenazados o están ausentes en una gran parte de la Humanidad. Está amenazada la paz, porque el recurso a la razón de la fuerza, con o sin la necesaria asistencia de la fuerza de la razón, preside, muchas veces por desgracia, las relaciones entre los pueblos y entre los hombres. Está amenazada la fe por una concurrencia de causas; pero, fundamentalmente, por una falta de formación doctrinal y religiosa a la altura de los tiempos y, sobre todo, por una falta de testimonio.

En el aspecto de la formación doctrinal, tenemos que vencer o superar las formas religiosas puramente sentimentales y discernir entre lo que es objeto de la fe y lo que procede de una expresión cultural de otros tiempos. Es evidente que hoy la fe debe ser ilustrada. Es necesario hallar una formulación de la fe en el lenguaje del hombre actual, donde razón y misterio encuentren un encaje armónico. ¡Cuántos creyentes son fieles tan sólo a una tradición y se hallan desarmados, frente a las objeciones que encuentran en su camino! En estos cristianos se produce un "complejo de dimisión", de abandono lamentable. Todo ello evidencia, una vez más, la necesidad de formar laicos cristianos, si no a nivel de especialistas, sí, al menos, con un cúmulo de conocimientos que les permita proporcionarse a sí mismos las razones para creer y tener conciencia del objeto de su fe para justificarla y manifestarla ante los demás.

Pero no nos llamemos a engaño. Es en la falta de testimonio donde radica la causa fundamental de muchas crisis y abandonos de fe. No vamos a entrar en la problemática, nada fácil, de la interdependencia entre la fe y el testimonio, pero subrayaremos algunas realidades que se nos manifiestan con una inaplazable exigencia.

La fe difícilmente podrá proyectarse sobre las nuevas generaciones nacidas en el contexto tecno-estructural de una sociedad industrializada con la presentación exclusiva o aislada del aspecto dogmático o místico-especulativo. Es necesario a todo trance "vivificar" el cristianismo en una sobria y eficaz religiosidad de acción. Es la única alternativa de integración en un mundo que, nos guste o no, es eminentemente positivo y realista.

El Concilio no ha podido ser en este punto más explícito: "Sepan todos, ha dicho, que su primera y principal obligación en pro de la difusión de la fe es vivir profundamente la vida cristiana". (C. 3-36).

Sin el testimonio de la fe, el Cristianismo no puede aparecer como palabra de Dios, no puede explicar su significado, no puede mostrar de lo que es capaz en la existencia humana. La vida cristiana, por ser vida y por ser cristiana, es inseparable de la acción. El verdadero creyente sabe que la fe, aunque no de por sí sola soluciones concretas e inmediatas, ofrece siempre luz suficiente para discernir en todo las señales de la presencia y de la voluntad de Dios. "La fe todo lo ilumina con nueva luz y manifiesta el plan divino sobre la vocación total del hombre. Por ello, orienta a la mente hacia soluciones plenamente humanas". (Const. "Gaudium et Spes" núm. 11). Es urgente comprender esa exigencia de transformación del mundo que arranca de la fe y saber unir a la vocación cristiana y apostólica una decidida vocación social.

En este tiempo impregnado de materialismo, escéptico, desilusionado, atento a lo inmediato y funcional, y regido por un principio de "privatización" de la vida, no es ya sólo la apologética lo que habla a los hombres, sino el testimonio, los hechos, las conductas, los resultados.

El Catolicismo ha tenido respuesta adecuada para cada una de las épocas pasadas y la ha dado. Lo que hace falta es que nosotros, católicos y propagandistas de hoy y aquí, sepamos encontrar y dar esa respuesta.

OBRAS DE LA ASOCIACION

LA ESCUELA PROFESIONAL DE SAN JERONIMO, DE MURCIA

PEQUEÑA HISTORIA

La Escuela de Formación Profesional de San Jerónimo, de Murcia, nace, tomando como base el profesorado y alumnos de una escuela primaria regentada desde principios de siglo por la Compañía de Jesús en el monasterio de San Jerónimo, con la finalidad primordial de proporcionar una formación especializada a los trabajadores y una conciencia exacta de sus responsabilidades como cristianos, para lograr un mundo mejor, según las directrices del Magisterio de la Iglesia.

Esta escuela se levanta sobre unos viejos y destartados barracones, abandonados por el Ejército en el año 39. Como escuela primaria, comienza a funcionar el curso 1960-61, con 280 alumnos, y por la Orden ministerial de 11 de abril de 1962, se autoriza la creación de la Escuela de Formación Profesional, contando para este curso con 179 alumnos. Este Centro es de capital importancia para la promoción social, cultural y económica de esta bella región murciana. Convendría resaltar una idea equivocada que se tiene sobre Murcia, considerándola como una provincia rica. Posiblemente se trate de una de las provincias con un nivel medio más pobre de España. Únicamente la zona regada de la provincia (el 9,08 por 100) es rica, lo cual hace que los desniveles económicos por zonas sean muy acentuados. Como consecuencia, el bajo nivel cultural en las zonas de secano y la abundancia de peonaje sin calificar es también muy acusada. Este encuadre hace que la función de la Escuela Profesional de San Jerónimo aparezca claramente definida. La Escuela de Formación Profesional de San Jerónimo aspira a contribuir a la promoción integral de una región de tanto porvenir como la de Murcia y en donde sus hombres se encuadren en los nuevos puestos de trabajo recién creados con espíritu abierto a la colaboración y a la cultura, en la dignidad humana, base de todo progreso espiritual y material.

LA ESCUELA, HOY

La gravedad del problema educacional que venía a cubrir este centro profesional queda demostrada con el constante y considerable aumento experimentado en el número de alumnos, que de 179 en el curso 1961-62 ha pasado en el curso del 66-67 a la cifra de 624. Paralelamente, y dentro de esta Escuela Profesional, se ha venido impulsando la enseñanza pri-

maria, y desde el año 1964, la del bachillerato general, para el cual ahora se pretende crear una sección filial del Instituto Alfonso X el Sabio, de Murcia. Esta última se ha venido cursando en plan de libre. La evaluación total de alumnos del complejo queda patente en el siguiente cuadro:

Curso	Primaria	Bachillerato	Profesional	Total
1960-61	280	—	—	280
1961-62	300	—	179	479
1962-63	302	—	344	646
1963-64	121	—	460	571
1964-65	201	79	518	798
1965-66	196	127	576	899
1966-67	300	117	624	1.041

A pesar del crecimiento acelerado del Centro, éste se ha visto frenado por dos factores importantes: no disponer de locales adecuados (sólo se contaba con dos pabellones de 8 por 60 metros, y con unos talleres construidos con carácter provisional) y la carencia de medios económicos. La totalidad de los alumnos son económicamente débiles, y hasta ahora la marcha financiera del Centro ha sido deficitaria.

En el último curso escolar el Centro quedó instalado en Alcantarilla, en el kilómetro 1 de la carretera de Mula, donde con unas inversiones de 16 millones de pesetas, en cifras redondas, se han construido tres funcionales edificios de enseñanzas teóricas de dos plantas y dos talleres para electricidad y metal, y uno para laboratorio de química. Con cargo exclusivo a la Compañía de Jesús se ha construido un comedor para 300 comensales.

La superficie total de los solares asciende a 95.000 metros cuadrados, y la edificada, a 8.850, comprendiendo edificios de enseñanzas teóricas, talleres de mecánica y electricidad, laboratorio químico, cocina y comedor. Entre tanto, el Centro de Formación Profesional de Alcantarilla, como se le conoce también ya, ha pasado de autorizado por el Ministerio de Educación y Ciencia al de reconocido para las enseñanzas de rama del metal (fresador), de electrónica (instalador montador) y de química (químico de laboratorio), ampliándose todas estas enseñanzas al grado de maestría, en junio de 1967.

La Escuela de Formación Profesional de San Jerónimo posee una flota de ocho autobuses, de los cuales únicamente dos son alquilados, que recogen cada día a los alumnos pertenecientes a más de 80 pueblos, extendidos por una zona con un radio de acción de 50 kilómetros, lo que representa aproximadamente la mitad del territorio y población de la provincia murciana. La mayoría de estos pueblos son pedanías del Ayuntamiento de Murcia y pequeños municipios, con una población que oscila entre los 3.000 y 8.000 habitantes y que se suceden a distancias de 3 a 10 kilómetros, e impotentes para resolver por sí solos el problema educacional de su juventud.

Patronato, problemas y tareas.

El Patronato está compuesto de la siguiente forma: presidente, el señor obispo de Cartagena-Murcia; vocales: el Padre provincial de la provincia de Toledo, más otros tres jesuitas designados por él mismo; el presidente nacional de la A. C. N. de P., el vicepresidente nacional de la misma, dos consejeros de la A. C. N. de P. del Centro de Murcia y, por último, tres propagandistas nombrados libremente por el presidente nacional de la A. C. N. de P. La secretaría del Patronato está ocupada por el secretario del Centro de Murcia. El nombramiento se hace por tres años, pudiéndose ser reelegidos al término de su mandato por una sola vez.

Entre otros problemas que la marcha actual de la Escuela plantea sobrepasa el de la formación urgente de una biblioteca. Aquí la Editorial Católica y la BAC podrían prestar su valiosa y apreciable colaboración. El tener una biblioteca útil y bien orientada puede ser de gran eficacia tanto para los alumnos como para los cincuenta profesores que constituyen la plantilla del Centro. Por último, la Asociación, a través del Centro de Murcia, se propone con esta Escuela la formación de líderes trabajadores, para que con un recio espíritu cristiano puedan actuar en las diversas esferas de la vida pública. Los tiempos nuevos presentan nuevos signos. El mundo obrero, el mundo del trabajo, es una realidad apremiante, urgente, que hay que atender también. Aquí la A. C. N. de P. tiene un campo ancho y largo, una tarea importante que realizar, animada por el bien común y un espíritu evangélico verdadero.

CARTA DEL PRESIDENTE

Queridos propagandistas:

Los días de nuestra Asamblea y los del Congreso Mundial de Apostolado Secular han pasado, dejándonos un reguero de sugerencias, actitudes, posibles objetivos y metas a realizar. Un nuevo curso comienza para la Asociación. Es momento de iniciativas, de nuevos impulsos, de fervientes deseos. El mundo lucha en distintas corrientes; las ideas se suceden y las concepciones de vida se atropellan. Son tiempos de confusión, de convulsiones, de inseguridad y desasosiego. Sólo una voz permanece inalterable con los días y las noches; con los amaneceres ilusionados y los atardeceres nostálgicos: la Palabra de Dios.

Sus enseñanzas sirven para éstos y aquellos tiempos, los pasados y los futuros; para los días de lucha y para los de paz.

La Iglesia ha sentido la necesidad de acudir a la Palabra de Dios, de llevar hasta ella los nuevos signos de los tiempos, y de confrontarlos buscando la verdad, siempre fresca, siempre armoniosa, siempre aplicable. Su renovación está en ella, en su mensaje de salvación.

La Asociación tiene que encontrar también sus caminos de renovación en esa Palabra, por las sendas de la unidad, de la caridad, de una fidelidad esperanzadora y de una gran confianza en su eterna llamada. Todos los esfuerzos actuales están orientados a lograr esa **unidad, en la caridad, de los hombres de la Asociación.**

Todos los propagandistas tienen que encontrar en ella su propio cauce, sin distinción de matiz, de orientación y de postura.

La Asociación tiene que ser **cauce de perfeccionamiento religioso**, de auxilios espirituales, de vida en la fe, en unión íntima con Cristo, del que vienen todas las ayudas e impulsos.

La Asociación debe ser **cauce de desarrollo en la vida del propagandista, para sus ideas, pensamiento y acción.** En ella debe encontrar criterios para sus actuaciones, ideas para sus actitudes, ayuda para su labor apostólica.

La Asociación es necesario que sea **lugar de convivencia y diálogo**, de encuentro y caridad. Con el respeto a las opiniones de los demás, hemos de encontrar en ella un **cauce a tareas comunes**, a posturas unidas, a actitudes semejantes.

En estos tiempos de pluralismo, de diversidad de opiniones, de variedad de ideas y actitudes, la multiplicidad de los propagandistas debe encontrar en la Asociación la casa del diálogo constructivo, del intercambio fecundo, del cambio de impresiones edificante y eficaz.

Busquemos esa unidad. Trabajemos por encontrar los puntos de coincidencia, lo que nos es común, lo que nos une. Son muchas más las cosas que nos atan que las que puedan separarnos. Y, sobre todo, nos une la creencia en un Dios vivo, la esperanza en un fin trascendente, el amor de todos en Cristo.

La Asociación tiene que seguir dando a España y a la Iglesia su trabajo callado, su servicio eficaz, sus hombres formados y un pensamiento claro, como luz viva, que brille en la selva de las confusiones, de los personalismos, de las aperturas sin freno y de las actitudes desviadas. Para ello, nuestra unidad es la condición previa de todo desarrollo. Unos en Cristo, y por Cristo a Dios.

En esta línea, muchas son las cosas iniciadas, muchos los proyectos, diversas las actividades que la Asociación desarrolla en estos momentos. **Para este trabajo os llama a todos vuestro Presidente.** Acudid con espíritu de fieles soldados. Dejad vuestra insignia de oficiales graduados y ocupad el lugar que os aguarda.

«Reconoced el tiempo en que estamos. Sepamos discernir lo que es justo» (San Lucas, 12, 59). Y que podamos contarnos entre los apóstoles que el Señor eligió entre sus discípulos.

Con el abrazo de vuestro Presidente.

CIRCULOS DE ESTUDIOS

EL «AÑO DE LA FE» EN EL PENSAMIENTO DE PABLO VI

El propagandista don Fernando Guerrero Martínez, pronunció el día 26 de octubre pasado la siguiente conferencia, en el Círculo de Estudios, que organiza el Centro de Madrid.

No sé por qué motivo me han encargado a mí el desarrollo de esta primera ponencia del temario de los círculos de este curso sobre el "Año de la Fe".

PABLO, EL PAPA DE LA FE

El Papa Pablo VI ha querido que el año comprendido entre el 29 de junio de 1967, festividad de San Pedro y San Pablo, en el que se conmemoró el XIX centenario de su martirio, y el 29 de junio del año que viene, fuera dedicado y consagrado a la Fe.

Yo no pretendo presumir de profeta, si me atrevo a afirmar que el Papa Pablo VI va a pasar a la historia, entre otros títulos, con el de "el Papa de la Fe", porque este tema está constituyendo el objeto de su más profunda preocupación y porque, oportuna e importunamente, según el consejo del Apóstol, está hablando de él.

El Papa Pablo VI, como todos los grandes apóstoles del Cristianismo, ha sentido, aun antes de ser Papa, la preocupación de llevar la Fe a los hombres de nuestro tiempo.

En el libro tan conocido de Jean Guilton, recientemente publicado, "Diálogos con Pablo VI", se insiste mucho en que el Papa actual es un Papa de sensibilidad moderna, está muy al tanto del pensamiento del hombre de hoy, de la literatura que leen las generaciones contemporáneas. No solamente ha estudiado Teología, sino que también ha profundizado en los problemas que preocupan a los hombres. Por eso ha sentido profundamente el divorcio entre la cultura actual y la Iglesia.

Es cierto, que en los últimos tiempos, sobre todo, a partir del Concilio Vaticano II, la Iglesia Católica ha venido a ser, empleando una terminología periodística, un tema de actualidad. Mas esto no quiere decir que todos los que se preocupan por la Iglesia, acepten el mensaje religioso de la Fe católica. En muchos casos, su interés radica en el hecho de que caen en la cuenta de que la Iglesia tiene un gran prestigio en el mundo actual; pero no creen tanto en el contenido de la Fe, cuanto en las consecuencias beneficiosas que, desde un punto de vista social o político, pueden prestar los creyentes a la sociedad.

Recuerdo con emoción que, en el segundo Congreso Mundial para el Apostolado de los laicos, celebrado en Roma, en octubre de 1957, el Pontífice actual, que entonces era arzobispo de Milán, tuvo un discurso formidable sobre "La Misión de la Iglesia". En su exposición distinguió un doble y simultáneo aspecto: "... Primero, de identidad, conservación, coherencia, comunión de vida, fidelidad, presencia: **es la Iglesia simbolizada en la estabilidad de la piedra.** Segundo, de movimiento, transmisión, proyección en el tiempo y en el espacio, expansión, dinamismo, esperanza escatológica; **es la Iglesia simbolizada en el cuerpo móvil, viviente y creciente de Cristo**".

El Papa Pablo VI, después de haber sido elegido como Vicario de Cristo, se ha referido, en multitud de ocasiones, al tema de la Fe.

La Fe en Pablo VI, ha escrito uno de sus biógrafos, tiene un sentido profundamente "Cristocéntrico", como en San Pablo. Uno de los discursos que refleja más claramente el pensamiento del Papa y su actitud teológica y espiritual es su famoso discurso inaugural de la II etapa del Concilio, el 29 de septiembre de 1963. El contenido de este discurso causó un profundo asombro a teólogos de la talla de los PP. Rahner y Congar, no fácilmente admirativos; y uno de ellos llegó a decir que nunca, en ningún Papa, el pensamiento sobre Cristo se había elevado a tanta altura.

No quiero dejar de recoger los párrafos más expresivos, a este respecto, del citado discurso:

"... Cristo. Cristo, nuestro principio; Cristo, nuestro jefe y nuestra senda; Cristo, nuestra esperanza y nuestro fin.

Ojalá que este Concilio caiga plenamente en la cuenta de ese vínculo uno y múltiple, firme y estimulante, misterioso y clarísimo, estrecho y dulce, que nos une a Cristo, que junta a la Iglesia santa y viviente, es decir, nosotros, con Cristo, de quien procedemos, por quien vivimos y a quien tendemos. Que no se cierna sobre esta asamblea otra luz, si no es Cristo, luz del mundo; que nuestras mentes no busquen otra verdad, sino las palabras del Señor, nuestro único maestro; que no aspiremos a otra cosa, sino a obedecer con toda sumisión sus preceptos; que ninguna otra confianza nos sostenga, sino aquella que, apoyada en su palabra, refuerza nuestra angustiosa debilidad; y "he aquí que Yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos" (Mt. 28,20).

Ojalá que en esta gran hora fuéramos capaces de elevar a Nuestro Señor Jesucristo una voz digna de Él. ¡Diremos con la Sagrada Liturgia: "Sólo a Ti te conocemos, Cristo — a Ti con alma sencilla y pura — llorando y cantando rogamos, — atiende a nuestros sentimientos!". Y, al clamar así, parece que se presenta El mismo a nuestros ojos, extasiados y atónitos, con la insigne majestad del Pantocrátor de vuestras basílicas, Venerables Hermanos de las Iglesias orientales, y también de las occidentales. Y nos parece representar la figura de nuestro predecesor Honorio III, adorando a Cristo en el artístico ábside de la basílica de San Pablo Extramuros. El Pontífice, pequeño y casi anquilado en tierra, besa el pie de Cristo, quien, imponente en sus dimensiones, cual Maestro de majestad regia, preside y bendice a la multitud congregada en la basílica, es decir, a la Iglesia. Nos parece que la escena se repite aquí, pero no en imagen diseñada o pintada, sino realmente, en nuestra asamblea, que reconoce a Cristo como principio y fuente de donde mana la Redención y la Iglesia, y a la Iglesia como efluviio y continuación, terrena y misteriosa, del mismo Cristo; de tal manera, que nos parece

contemplar la visión que San Juan describe en el Apocalipsis: "y me mostró un río de agua viva, resplandeciente como cristal, que salía del tronco de de Dios y del Cordero." (Ap. 22,1).

Es justo que este Concilio arranque de tal visión, o mejor, de esta celebración mística. Porque esta celebración confiesa que Nuestro Señor Jesu. cristo es el Verbo encarnado, Hijo de Dios e Hijo del hombre, Redentor del mundo, la esperanza del género humano y su único y supremo Maestro, Pastor, Pan de vida, nuestro Pontífice y nuestra Hostia, único mediador entre Dios y los hombres, Salvador de la tierra, el que ha de venir Rey de la vida eterna; la misma celebración declara que nosotros somos sus llamados, sus discípulos, apóstoles, testigos, ministros, legados y, junto con los demás fieles, sus miembros vivos, fundidos en el único e inmenso Cuerpo místico, que Él, a través de las generaciones, se va formando, mediante la fe y los sacramentos, en una palabra, su Iglesia, espiritual y visible, fraterna y jerárquica, hoy temporal y mañana eterna.

Si fijamos, Venerables Hermanos, nuestra atención en que Cristo es nuestro Fundador y nuestra Cabeza, invisible, pero real, que lo recibimos todo de Él, que con Él formamos "el Cristo total" de que habla San Agustín y del que está empapada toda la doctrina de la Iglesia, comprendemos claramente los fines principales de este Concilio."

Nos cuenta también otro de los biógrafos del Papa que, en privado, ha manifestado su pesar de que en el frontispicio de la Basílica de San Pedro aparezca el nombre del Papa Borghia, por él hubiese querido poner el nombre de Jesucristo.

Otra manifestación muy expresiva de esta fe "cristocéntrica" de Pablo VI es también su "Mensaje al mundo" desde Belén, el 6 de enero de 1964. Vamos a transcribir alguno de los párrafos más expresivos de esta alocución:

"... A Cristo, en esta festividad de la Epifanía — que reviste el doble aspecto de la manifestación de Dios y del llamamiento de los pueblos a la fe —, Nos ofrecemos de todo corazón, con humildad y modestia, pero con sincera alegría, nuestra fe, nuestra esperanza y nuestro amor.

Solemnemente, Nos le dirigimos, haciéndola Nuestra, la profesión de fe de Pedro: "Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo". Nos le decimos además, como Pedro: "Señor, ¿a quién seguiremos nosotros? Sólo Tú posees las palabras de la vida eterna." E incluso Nos hacemos Nuestro el arrepentimiento y la confesión sincera de Pedro: "¡Señor! Tú lo sabes todo, Tú sabes que te amamos".

A sus pies, como antaño lo hicieron los Magos, Nos depositamos aquí los presentes simbólicos, reconociéndole como el Verbo de Dios hecho carne y el Hombre, hijo de la Santísima Vir-

gen María, nuestra Madre, el más excelso nacido entre toda la Humanidad. Nos le saludamos como el Mesías, el Cristo, el mediador, intercesor único, insustituible entre Dios y los hombres. El es el Pastor, el Señor, el Rey, el que fue, el que es y el que será.

Esta es la misma confesión que proclama hoy la Iglesia de Roma. Esta Iglesia que fue la de Pedro y fundasteis vos mismo, Señor, sobre esa misma piedra, y que, por consiguiente, es realmente vuestra Iglesia. Y he aquí la razón por la que vuestra Iglesia se prolonga a través de la sucesión apostólica, ininterrumpida desde sus comienzos; salvad, Señor, esta Iglesia, defendedla, purificadla y fortificadla. Tú eres su vida, ¡oh Cristo de la Iglesia de Roma!

LA HUMANIDAD TIENE HAMBRE DE DIOS

La fe del cristiano no es solamente la fe en una doctrina. No es tanto la fe en "algo", como la fe en "alguien". En todos los grandes místicos del Cristianismo se refleja ese sentido personal de la Fe, esa relación de amistad con Jesús. Así también se advierte en el Papa actual cuando habla de Cristo, además de su autoridad magisterial, un sentido de vibración personal, de profundidad honda que repite palabras vividas hondamente en largas horas de meditación.

En la primera Encíclica que Pablo VI dirigió a la Iglesia, la "Ecclesiam suam", en la fiesta de Transfiguración del Señor, el año 1964, hizo un análisis muy fino de la situación de la Iglesia ante las grandes transformaciones del mundo actual: "... la Humanidad en este tiempo está en vía de grandes transformaciones, alteraciones y progresos, que cambian profundamente no sólo sus formas exteriores de vida, sino también sus modos de pensar... Todo ello, como las olas de un mar, envuelve y sacude a la Iglesia misma... Un peligro como de vértigo, de aturdimiento, de aberración, puede sacudir su misma solidez e inducir a muchos a ir tras los más extraños pensamientos, imaginando como si la Iglesia debiera renegar de sí misma y abrazar novísimas e impensadas formas de vida. Así, por ejemplo, el fenómeno modernista —que todavía aflora en diversas tentativas de expresiones heterogéneas extrañas a la auténtica realidad de la Religión Católica, ¿no fue precisamente un episodio semejante de predominio de las tendencias psicológico-culturales propias del mundo profano sobre la fiel y genuina expresión de la doctrina y de la norma de la Iglesia de Cristo? Ahora bien, creemos que para inmunizarse contra tal peligro, siempre inminente y múltiple, proveniente de muchas partes, remedio bueno y obvio es el profundizar en la conciencia de la Iglesia, en lo que ella es verdaderamente, según la mente de Cristo contenida en la Escritura y en la Tradición, e interpretada y desarrollada en la genuina tradición eclesial, la cual está, como sabemos, iluminada y guiada por el Espíritu Santo dispuesto siempre, cuando se lo pedimos y cuando le escuchamos, a dar indefectible cumplimiento a la promesa de Cristo: "El Espíritu, que el Padre os enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto Yo os hubiere dicho." (Jn., 14, 26).

En esta misma Encíclica hace un análisis también del fenómeno del ateísmo al que califica como "... el fenómeno más grave de nuestro tiempo." Esta afirmación verdaderamente impresionante en boca de un Papa que conoce tan bien los enormes problemas del mundo de hoy: el

hambre, las luchas raciales, la paz, etc.

Es necesario y urgente que los hijos de la Iglesia nos preocupemos y nos esforcemos por resolver estos sufrimientos que hacen sufrir terriblemente a nuestros hermanos; pero sin olvidarnos de que la Humanidad de hoy no sólo sufre el hambre de pan, sino que también tiene, más o menos conscientemente sentida, hambre de Dios, hambre de la Palabra de Dios. No sólo está mal distribuida la renta mundial. También por nuestra falta de espíritu misionero la Palabra de Dios está mal distribuida en el mundo. No todos los hombres tienen las mismas facilidades de acceso a las fuentes vivas de la gracia.

Otra muestra de la sensibilidad del Papa por los problemas de la Fe es la Encíclica "Mysterium Fidei", de 3 de septiembre de 1965: cuando ciertas tendencias o corrientes teológicas, con un afán sincero de presentar de manera más asequible el dogma eucarístico a la mentalidad moderna, incurrieron en algunas expresiones o manifestaciones que podían hacer dudar de la presencia real de Jesús en la Eucaristía, el Papa, que ya en su homilía pronunciada en Pisa, con motivo del Congreso Eucarístico Nacional, el 10 de junio de 1965, había hecho una sublime profesión de fe en este dogma, promulgó posteriormente dicha Encíclica, "sobre la doctrina y culto de la Sagrada Eucaristía", para reiterar y exponer la Fe de la Iglesia en este misterio, frente a dichas interpretaciones desviadas, que fue recogida fundamentalmente por el Concilio de Trento, frente a la negación protestante de dicha presencia real.

EL AÑO DE LA FE

El primer anuncio del "Año de la Fe" tuvo lugar con motivo del discurso dirigido por S. S. al Colegio Cardenalicio y a la Prelatura Romana, el 23 de diciembre de 1966, en contestación a la felicitación pascual que el Cardenal Decano le había dirigido:

"Alimenta esta confianza el hecho de que el año próximo ha sido escogido (prescindiendo de posibles discusiones históricas) para conmemorar el centenario del martirio de San Pedro.

En la sesión pública del Concilio Ecuménico del 18 de noviembre de 1965, al dirigir la palabra a los Padres Conciliares, nuestro pensamiento voló al purpúreo testimonio de los santos Apóstoles Pedro y Pablo y anunciamos entonces el propósito de conmemorar el XIX Centenario de tal martirio en 1967. Nos precede el ejemplo de nuestro venerado antecesor Pío IX, que en 1867 celebró esta conmemoración apostólica ante muchos obispos venidos a Roma de diversas partes del mundo (Acta Pii IX, I, IV, pp. 103-113), y fue en aquella circunstancia cuando anunció como próxima la convocatoria del Concilio Ecuménico Vaticano I.

En cuanto a las modalidades de la celebración centenaria nos reservamos dar cuanto antes adecuada información, manifestando inmediatamente que es nuestro propósito proponer a la Iglesia que honre la memoria del martirio del apóstol Pedro, y, con la suya, la del martirio del apóstol Pablo, mediante la profesión de la fe católica; profesión que deberá ser preparada, consciente y firme en todos los fieles católicos y que podrá revestir carácter de gozoso empeño, tanto para las personas como para las diversas comunidades del pueblo de Dios."

En la exhortación apostólica de Su Santidad Pablo VI, de 22 de febrero de 1967, se expone, con mayor detalle, las razones y los fines del "Año de la Fe". Recogemos, a continuación, los párrafos principales de esta exhortación, en relación con estos puntos:

"... nos sonríe la esperanza de que la conmemoración centenaria del martirio de los santos apóstoles Pedro y Pablo se resuelva, principalmente para toda la Iglesia, en un gran acto de fe. Y queremos vislumbrar en este aniversario la feliz ocasión que la divina Providencia ofrece al pueblo de Dios para que adquiera una exacta conciencia de su fe, para reanimarla, para purificarla, para confirmarla y para confesarla. No podemos ignorar que la hora presente tiene de ello una gran necesidad. A vosotros, Venerables hermanos e hijos carísimos, os es conocido de qué manera la evolución del mundo moderno, lanzado hacia las admirables conquistas del dominio de las cosas exteriores, y orgullo de una conciencia cada vez mayor de sí mismo, se muestra propicio al olvido y a la negación de Dios, sintiéndose luego atormentado por los desequilibrios lógicos, morales y sociales que la decadencia trae consigo misma y resignándose al ver al hombre agitado por turbias pasiones e implacables angustias; donde falta Dios, falta la razón suprema de las cosas, falta la luz primera del pensamiento, falta el indiscutible imperativo moral, del cual el orden humano tiene necesidad. (Cfr. S. Aug.: "De Civ. Dei", 8, 4; Pl. 41, 228-229; Cfr. "Contra Faustum", 20, 7; Pl., 42, 372).

Y mientras decae el sentido religioso entre los hombres de nuestro tiempo, privando a la fe de su fundamento natural, opiniones exegéticas o teológicas, tomadas muchas veces de los más audaces, pero ciegas filosofías profanas, se insinúan acá y allá en el campo de la doctrina católica, poniendo en duda o deformando el sentido objetivo de verdades autoritadamente enseñadas por la Iglesia y con el pretexto de adaptar las ideas religiosas a la mentalidad del mundo moderno, se prescinde de la guía del magisterio eclesial, se da a la especulación teológica una dirección radicalmente historicista, se tiene la osadía de despojar el testimonio de la Sagrada Escritura de su carácter histórico y sagrado y se intenta introducir en el pueblo de Dios una mentalidad que llaman "postconciliar", que el Concilio deja de un lado la firme coherencia de sus amplios y magníficos desarrollos doctrinales y legislativos, con el tesoro de ideas y de normas prácticas de la Iglesia, para despojarlas de su espíritu de fidelidad tradicional y para difundir la ilusión de dar del cristianismo una nueva interpretación, arbitraria y estéril. ¿Qué quedaría del contenido de nuestra Fe y de las virtudes teológicas, que en ella se profesan, si estos intentos, lejos de la aprobación del magisterio eclesial hubieran de prevalecer?

Y he aquí que para confrontar nuestra Fe en su auténtico significado, para estimular el estudio de las doctrinas enunciadas por el reciente Concilio Ecuménico, para sostener el esfuerzo del ideario católico, en la búsqueda de nuevas y originales expresiones, fieles siempre al "depósito" doctrinal de la Iglesia, "eodem sensu eademque sententia" (Cfr. Vinc. Lerin: "Commonitorium", 1,23; Pl., 50, 668; DS,

3020), llega, traído en las alas del tiempo, este aniversario apostólico, que ofrece a todos los hijos de la Santa Iglesia la feliz oportunidad de dar a Jesucristo, Hijo de Dios, mediador y consumidor de la revelación, la humilde y enaltecida respuesta "Yo creo", es decir, el pleno consentimiento de la inteligencia y de la voluntad a sus Palabras, a su Persona, a su Misión salvadora (Cfr. Ebr., 12, 2); Conc. Vat. I, Cons. Dogm. "De Fide Catholica", cap. 3, Denz Schön, 3008-3020; Conc. Vat. II, Con Dogm. "Lumen Gentium", 5, etc.; Const. Dogma. "De Divina Revelatione", 5, 8, y de honrar así a estos altos testimonios de Cristo, Pedro y Pablo, renovando el compromiso cristiano de una sincera y activa profesión de fe, suya y nuestra, y orando todavía y trabajando por la recomposición de todos los cristianos en la unidad de la misma Fe. Nos no tenemos intención de proclamar, para este fin, un especial Jubileo, cuando hace poco que hemos celebrado el anunciado por Nos como conclusión del Concilio Ecuménico; pero fraternalmente os exhortamos a vosotros todos, venerables hermanos en el episcopado, para que queráis ilustrar con la palabra, queráis honrar con especiales solemnidades religiosas, y, sobre todo, queráis rezar solemne y repetidamente con vuestros sacerdotes y con vuestros fieles el "Credo", en cualquiera de las fórmulas que se usan dentro de la piedad católica.

Nos agrada saber que el "Credo" ha sido rezado expresamente, en honor de los Santos Pedro y Pablo, en todas las catedrales, en presencia del obispo, del presbiterio, de los alumnos de los seminarios, de los seglares católicos que militan por el Reino de Cristo, de los religiosos y religiosas y del mayor número posible de la santa asamblea de los fieles. Hágase lo mismo en cada Parroquia, por parte de las propias comunidades, y otro tanto en las Casas religiosas. De la misma manera os sugerimos que esta profesión de fe sea pronunciada, en un día establecido, en cada una de las casas donde habite una familia cristiana, en todas asociaciones católicas, en todos los hospitales católicos, en los sitios destinados al culto y en cualquier lugar, lo mismo que en cualquier reunión, donde la voz de la Fe pueda ser expresada, reafirmando la adhesión sincera a la común vocación cristiana.

Dirigimos una exhortación especial a los que se dedican al estudio de la Sagrada Escritura y de la Teología para que quieran contribuir con el magisterio eclesialístico de la Iglesia en el purificar la verdadera Fe de todo error, profundizar sus insondables profundidades, explicar rectamente su contenido y proponer los sanos criterios de estudio y de divulgación. Lo mismo decimos a los predicadores, a los profesores de religión y a los catequistas. De este modo, el año centenario conmemorativo de los santos Pedro y Pablo será "el Año de la Fe". Para que su celebración tenga una cierta simultaneidad, Nos lo iniciaremos con la fiesta de los Apóstoles Pedro y Pablo, el próximo 29 de junio, y procuraremos, hasta el final del año sucesivo, hacerlo fecundo con especiales conmemoraciones y solemnidades, dirigidas todas ellas al perfeccionamiento interior, al estudio profundo, a la profesión religiosa, al testimonio activo de aquella santa fe, sin la cual

"es imposible agradar a Dios" (Heb., 11, 6), y mediante la cual esperamos alcanzar la salvación prometida (Cfr., Mr., 16, 16; Eph., 2, 8, etc.)."

EL PAPA Y LA FE

El tema de la fe ha estado siempre presente en el Magisterio de Pablo VI. Tengo fichados 24 documentos del Papa, los que, desde la clausura del Concilio hasta septiembre de este año de 1967, se ha referido explícitamente al tema de la fe. Sobre todo su Magisterio Pastoral, en las audiencias públicas semanales, ha hecho de la fe un tema preferente.

Vamos a entresacar, a continuación, algunas de las orientaciones del Papa en relación con esta virtud fundamental del cristiano.

La Fe es, ante todo para el Papa, el "principio constitutivo" de la Iglesia (homilía en San Pedro el 29 de junio de 1967).

"La Fe de la Iglesia, según la enseñanza del Papa, descansa sobre la fe de los apóstoles" (Ibid.).

"La Fe es libre en el acto que la expresa; no es libre en la formulación de la doctrina que expresa cuando ésta ha sido autorizadamente definida." (Al. de 1 de junio de 1967.)

"La Fe es propiamente una respuesta al diálogo de Dios, a su Palabra, a su Revelación" (Al. 19-abril-1967).

El Papa recoge la definición de la Fe de la Carta de San Pablo a los hebreos: "La Fe es la realidad de las cosas que esperamos y la convicción de las cosas que no se ven" (Hebr. 11, 1) (Al. 19 abril de 1967).

Una idea muy repetida en el Magisterio de Pablo VI es la de que el Concilio Vaticano II no ha supuesto una ruptura con el Magisterio eclesialístico precedente. Así, en la carta que dirigió al Congreso Internacional de Teología, reunido en Roma en septiembre de 1966, se expresó a este respecto en los siguientes términos:

"... todo cuanto ha enseñado el Concilio Vaticano II está unido con plena armonía al Magisterio eclesialístico precedente, del que no es más que una continuación, explicación e incremento. Porque también fue éste el fin por el que se convocó el Concilio, como atestiguó nuestro predecesor, de v. m., Juan XXIII, en el discurso inaugural; es decir, con el propósito de "reafirmar ... el Magisterio eclesialístico."

En el mismo sentido se expresa en su Discurso de Apertura del Sínodo de los Obispos:

"Nos encontramos, según nos habíamos comprometido, después de dos años del final del Concilio Ecuménico, reunidos de nuevo en esta aula bendita, por un doble fin: para honrar con la obligación de nuestra Fe la memoria centenaria del martirio de los Santos Pedro y Pablo y para encender nuestra caridad ante la feliz celebración de la primera reunión del Sínodo de los Obispos. Estas intenciones nuestras no son sino una vidente referencia al mismo Concilio, del que este encuentro de un número tan conspicuo y autorizado de obispos con el humilde sucesor de San Pedro, si no reviste la solemnidad y la potestad, sin embargo hace propios algunos de sus principales propósitos; entre ellos, el primero el mantenimiento y vigorización de la Fe católica, su integridad, su fuerza, su progreso, su coherencia doctrinal e histórica, su re-

conocimiento de indispensable principio de la vida cristiana, causa y razón de ser de la Iglesia. Nos no podemos olvidar las palabras sacrosantas con las que nuestro predecesor de venerada memoria Juan XXIII abrió el Concilio Vaticano II y le fijaba su altísimo e imprescindible deber:

"...El Concilio Ecuménico XXI —que se servirá del eficaz e importante auxilio de aquellos que sobresalen por su ciencia en las disciplinas sagradas, por su experiencia en el apostolado y la organización— quiere transmitir la doctrina pura e íntegra sin atenuaciones que durante veinte siglos, a pesar de las dificultades y las luchas, se ha convertido en patrimonio común de los hombres; patrimonio que, aunque no haya sido recibido gratamente por todos, constituye una riqueza para todos los hombres de buena voluntad... Ahora es necesario que toda la doctrina cristiana, sin quitarle nada, se reciba por todos en este nuestro tiempo con un nuevo estudio, con mente serena y tranquila, con el modo tradicionalmente preciso de concebir los términos y de formularlos como aparecen con claridad en las actas del Concilio Tridentino y sobre todo del Vaticano I..." (A.A.S., LIV, 1962 páginas 791-792.) (Disc. 29 de septiembre de 1967.)

Otra enseñanza fundamental de Pablo VI es la de que "la norma próxima y universal" de la Fe se encuentra en el Magisterio auténtico de la Iglesia:

"... Pues bien por voluntad de Cristo, la norma próxima y universal de esta verdad indefectible podrá encontrarse únicamente en el Magisterio auténtico de la Iglesia, que tiene la tarea de custodiar fielmente y explicar infaliblemente el depósito de la Fe (Cfr. Conc. Vat. I, Sess. III, cap. 4). Porque Cristo prometió a los Apóstoles el don del Espíritu Santo, en virtud del cual se convertirían en testimonios del Evangelio hasta los últimos confines de la tierra (Cfr. Hechos, 1,8); también confirió a los Apóstoles el poder de enseñar con autoridad: "Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Por tanto, id y enseñad a todas las gentes... mostrándoos la manera de observar cuanto os he mandado" (Mat. 28, 18-19), y finalmente, prometió a los Apóstoles el Espíritu de verdad (Cfr. Jo. 14, 16-17), y su asistencia que nunca les faltaría (Cfr. Mat. 28, 20), por la que quedarían preservados de todo error."

Otra idea también muy reiterada por Pablo VI en su Magisterio es la de que la Fe, aunque no termina con las fórmulas que la exponen, sino con las realidades a que éstas se refieren, necesita, sin embargo, de fórmulas dogmáticas:

"... Ved por qué aprovechamos este encuentro para repetir la recomendación que habréis escuchado tantas veces a otros: amad la instrucción religiosa de la Iglesia católica en sus dogmas, en sus expresiones litúrgicas, en sus libros de autorizada doctrina. No creáis tener fe sin adheridos al contenido de la Fe, al "Credo", al símbolo de la Fe (es decir, a la síntesis esquemática de las verdades de Fe). No penséis revitalizar la vida religiosa, o traer a los alejados, minimizando o deformando la doctrina precisa de la Iglesia. No creáis que la dócil adhesión a esta doctrina mortifica el pensamiento, paraliza la investigación, cierra los caminos del saber y del progreso cristiano.

Irrompible ligazón entre la propagación de las verdades y el catecismo

"Se habla hoy mucho del "Kerygma"; es decir, del anuncio de las verdades evangélicas portadoras de la salvación cristiana. Sabed ver la parentela entre este anuncio y el catecismo de vuestro párroco, entre la revelación divina y el símbolo de la Fe, y sentíos celosa y gustosamente unidos a esta formulación didáctica y litúrgica de la doctrina de la Iglesia" (Al. 1 de junio de 1967).

El Papa recuerda también cómo la humildad es el camino para aceptar y comprender la divina Revelación:

"... Y como cristianos que sois recordaros de la gran ley que preside la Divina Revelación, la de la humildad que escucha, que acepta, que guarda en el corazón, que traduce lo que recibe en ofrenda de oración vivida y de caridad generosa. Los humildes, los pequeños, son los preferidos en la escuela de Jesús. Escuchemos de nuevo, para terminar, el eco de su palabra: "Yo te alabo y te doy gracias, Padre y Señor del Cielo y de la Tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los poderosos y las has revelado a los sencillos" (Mat., 11.25). (Disc. 29 de agosto de 1967).

EL HOMBRE MODERNO Y LA FE

En muchas ocasiones vemos las enormes dificultades que la mentalidad del hombre moderno tiene para aceptar la Fe. ¿No será porque nos hemos hecho demasiado sabios e intelectuales y nos falta la humildad y sencillez de los pequeños y de los pobres de espíritu? Es bellísima la reflexión del P. De Lubac, recogida en su famosa obra, "Meditación sobre la Iglesia", sobre este punto.

"... En medio de tantas discusiones sobre el cristianismo de nuestro tiempo, de tantas lamentaciones, respecto de su "inadaptación" o de su "ineficacia", no nos cansemos de volver constantemente a estas consideraciones tan sencillas. Los mejores cristianos, los que tienen una vida más pujante, no se cuentan necesariamente ni aun ordinariamente, entre los sabios o entre los hábiles, entre los intelectuales, ni entre los políticos, ni entre las "autoridades sociales". Consiguiendo, su voz no resuena en la

Prensa, y sus actos no llaman la atención del público. Su vida está oculta a los ojos del mundo, y si llegan a conseguir cierta notoriedad, esto no sucede sino por excepción y de vez en cuando, con riesgo de extrañas deformaciones. Y dentro de la misma Iglesia, lo ordinario es que algunos de ellos consigan un prestigio indiscutible, solamente después de la muerte. Y sin embargo, ellos son los que contribuyen más que todos los demás a que esta tierra no sea un infierno. La mayor parte de ellos no se preguntan si su Fe está "adaptada", ni si es "eficaz".

En esa falta de humildad reside, tal vez, las crisis de Fe de muchos de nuestros intelectuales. Dios no se oculta a quien le busca con constancia, sinceridad y humildad.

EL PAPA, FUNDAMENTO DE LA IGLESIA

Nunca he comprendido, como en este último viaje que hemos hecho a Roma, con motivo del III Congreso Mundial para el Apostolado de los laicos, lo que significa la Roca de Pedro, como fundamento de la Iglesia, entre tanto confusionismo de opiniones, de pareceres, de tantas revisiones de muchos puntos de vista que creíamos inmovibles. El que da la paz, la seguridad, la certeza de que uno pisa en terreno firme, es el Papa. Hemos de aceptar y reconocer este avance enorme que se ha dado en la formulación de la colegialidad episcopal, pero la clave del Colegio de los Obispos está en Pedro. ("Ubbi Petrus, ibi Ecclesia").

Este año de la Fe, para nosotros los españoles, tiene unas grandes consecuencias; en primer lugar, creo yo que tenemos que profundizar más en la Fe, en un estudio teológico y doctrinal. No siempre está al mismo nivel nuestra Fe con nuestra formación doctrinal; existe un desequilibrio. La Fe es una virtud teológica que Dios infunde en el alma; pero se pueden producir crisis de Fe, cuando hay un desequilibrio entre la cultura religiosa y la cultura profana. En segundo lugar, una profundización interior, como nos decía nuestro Presidente, porque los hombres que saben encontrar a Dios en la oración, adquieren una certeza que no se encuentra en los libros; y, por último, una consecuencia práctica, en nuestra vida social. Yo he tenido ocasión, después del Con-

greso, de estudiar a fondo la conferencia del P. Congar y me ha impresionado profundamente; aunque no es el momento ahora para plantear las nuevas proyecciones del "compromiso temporal" de los cristianos, ciertamente, en virtud de nuestro compromiso con Jesús, yo creo que no hemos profundizado suficientemente en las consecuencias prácticas que debe tener en nuestra vida. Nuestro primer compromiso, permanece en el interior del corazón, pero diremos, con la gran mística Santa Teresa, cuando ha llegado a las últimas moradas, que Dios quiere obras. La Fe tiene que traducirse en obras, si no es una Fe muerta; en obras de caridad hacia los demás. No podemos estar tranquilos con una fe pietista, que nos da el contentamiento del alma, mientras haya muchos hermanos nuestros que sufren en el alma y en el cuerpo. Por lo tanto, una Fe que tenga unas consecuencias prácticas, porque los hombres que no creen, solamente creerán si ven a Dios a través de nosotros.

En el último curso que tuvimos en La Granja, siempre hay que hacer un poco el repaso de la propia vida, cuando yo pensaba la cantidad de tonterías que he hecho en mi vida, no me preocupaba tanto por mí, e iba a decir que tampoco por haber ofendido a Dios, porque, en definitiva, Dios es un Padre que, en cuanto uno le pide perdón, antes de que termine de decirlo ya le ha perdonado; pero me preocupaba el pensar que estas miserias, estos defectos han podido impedir que otros viesan a Jesús a través de mí y a esto, realmente, me costaba resignarme. No sé si nosotros, individual o colectivamente, no tendríamos que pensar que, a veces, sería mejor que nos diesen, como dice un libro, unas palmaditas en la espalda y nos dijese: "¡Por Dios, no sean ustedes tan católicos!", porque si nuestras manifestaciones externas de Fe no nos llevan a hacer visible a un Dios bueno, a un Dios amor, son contraproducentes.

El sentido último de la Fe, es la Fe en Dios Padre, en un Dios que nos ama.

Y ¿cómo van a creer los demás en la caridad de Dios, si los que nos decimos discípulos de Dios, no sabemos amar con el Corazón de Dios?

El testimonio, que han afirmado los Padres del Concilio y reiterado en el Síodo, es el más eficaz apostolado de la Fe.

Ecos de unas ejercitaciones

LOS CURSOS DE RENOVACION CONCILIAR

En la Casa Pío XII "Por un Mundo mejor", en la Granja de San Ildefonso (Segovia), se ha celebrado del 10 al 15 del mes de septiembre un Curso de Renovación Conciliar para miembros de la A. C. N. de Propagandistas. Hemos tenido el honor de asistir como invitado. Publica "Suburbio", de Málaga, número 14. El Curso ha sido desarrollado por el Padre Bellido, colaborador íntimo del Padre Lombardi en la obra evangélica "Por un Mundo mejor", y el Padre Agacinos, S. I. Dos santos sacerdotes que se han encargado de renovar al máximo nuestras entrañas religiosas.

El meollo de este Curso, que se ha llevado a cabo a modo de ejercitación, ha sido las Meditaciones Comunitarias. Estas Meditaciones, en las que participaban todos los ejercitantes a través del diálogo —de ahí su calificativo de comunitarias—, han servido para darnos a conocer de forma meridiana la doctrina conciliar en todo el alcance profundo que la misma tiene como renovación de la comunidad eclesial —sacerdotes, religiosos y seglares—, como tal comunidad, y de cada uno de sus miembros. En un sentido u otro, para los que hemos participado en este Curso, "donde antes había tinieblas ahora reina la luz. Personalmente, tenemos que confesar que el Curso de Renovación Conciliar ha supuesto un encuentro con Dios y con los hombres, esos "Cristos vivos". En realidad, lo que el Curso se propone

es conseguir una "conversión", despojándonos del "hombre viejo" para que surja ese "hombre nuevo" que el Concilio Vaticano II impone como exigencia a todos los católicos.

Las Meditaciones Comunitarias han estado basadas en tres pilares, en tres partes fundamentales: La Fe, la Liturgia y la Caridad Fraternal. Se ha insistido muchísimo en lo comunitario, así como en la necesidad imperiosa, ineludible, del "testimonio". Se nos ha dado a conocer el mandato del Concilio del diálogo con todos los hombres, incluidos los de otras religiones y los ateos. También se nos ha hablado de la enorme importancia del apostolado seglar, ya que por medio del seglar es como la Iglesia ha de realizar el Plan de Dios, es decir, la evangelización del mundo. Todavía resuena en nuestros oídos el sencillo cántico de "Tu palabra, Señor, es la verdad y tu Ley nuestra libertad", con que iniciaban las reuniones. Y bajo estos dos signos, la verdad y la libertad, se ha desarrollado el Curso.

La A.C.N. de Propagandistas ha quedado encargada de organizar para los seglares en toda España los Cursos de Renovación Conciliar. Es deseo de la Jerarquía que estos Cursos alcancen al mayor número posible de seglares (también se están celebrando para religiosos y sacerdotes). A esto se le llama la "mentalización" del Concilio. En Málaga se va a celebrar el primer Curso en los primeros días del próximo diciembre. Después se irán celebrando periódicamente en el futuro. Como llamada, sólo decimos que es obligación de todos los católicos de encajar totalmente, y sin reservas, dentro de la línea conciliar. El Curso de Renovación Conciliar es un buen medio para ello.

ACTIVIDADES DE LA ASOCIACION

Apertura de curso en el Colegio Mayor San Pablo y Centro de Estudios Universitarios

Pronunció la lección inaugural don Juan Iglesias

Don Jacobo Cano, recibió la Encomienda de Alfonso X el Sabio

El subsecretario de Educación y Ciencia, señor Legaz Lacambra inauguró el curso académico 1967-68 en el Colegio Mayor San Pablo, de la Universidad de Madrid y en el Centro de Estudios Universitarios, instituciones ambas fundadas y regidas por la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Acompañaban al señor subsecretario el Nuncio de su Santidad en España, monseñor Dadaglio; el rector de la Universidad de Madrid, señor Martín Martínez; el presidente del Patronato de ambos centros y presidente de la A.C.N. de P., don Abelardo Algora Marco; el miembro del Patronato, don Fernando Martín-Sánchez Juliá, el Decano de la Facultad de Derecho, señor Sánchez Tejero; el director general de Archivos y Bibliotecas, señor González Zapatero; el ex rector de la Universidad, señor Gutiérrez Ríos; el director del Colegio, señor Cano, y el director del Centro de Estudios Universitarios, señor Jiménez Mellado, así como numerosos catedráticos, profesores y alumnos y colegiales de ambos centros.

IMPOSICION DE INSIGNIAS

En primer lugar, don Antonio Magro Villalta, alumno del Colegio Mayor de San Pablo, resaltó el significado del acto, que este año reviste una especial matización con la imposición de la Encomienda de Alfonso X el Sabio, al director del Colegio, don Jacobo Cano Sánchez, el cual en nombre de todos los alumnos, ofrece las insignias que recientemente le han sido concedidas por Su Excelencia el Jefe del Estado. A continuación, el presidente del Patronato, D. Abelardo Algora Marco, en unas elocuentes palabras, expresa su satisfacción por esta distinción de que ha sido objeto el señor Cano, y reconoce su gran labor al frente de la Dirección del Colegio, donde ha puesto a prueba un gran entusiasmo, una profunda vocación al servicio de la Universidad y una entrega abnegada al servicio de España. Seguidamente, se procede a la imposición de las insignias por parte del Magnífico y Excelentísimo Rector. A continuación, don Jacobo Cano, dió las gracias por el homenaje de que ha sido objeto, diciendo que más que a él, corresponde al Colegio Mayor Universitario de San Pablo, y cuyas insignias ponía a los pies de San Pablo su Santo Patrón, para que mantenga el espíritu de todos los colegiales con la misma fuerza que hoy. El señor Cano, seguidamente, se refirió a los ideales del Colegio y al espíritu que debe animar a todos sus colegiales, cada uno con arreglo a su propia vocación, pero todos, en lo fundamental, con un mismo querer, un mismo pensar y un mismo obrar. Estimuló a todos los colegiales a seguir en constante línea de superación y terminó con cariñosas frases para el Rector de la Universidad, primer director del Colegio y renovando ante el Nuncio de Su Santidad la fidelidad a la Santa Sede.

Seguidamente, se procedió a la entrega de nombramientos de Colegiales Mayores.

FORMACION INTEGRAL DE LA JUVENTUD

Intervino después el Director del Centro de Estudios Universitarios, don José

Jiménez Mellado, quien tras saludar a las autoridades y alumnos que abarrotaban por completo el salón de actos, puso de relieve el sentido eminentemente cultural y cristiano que estas dos Instituciones de la A.C.N. de P. tienen desde su fundación, y que ahora en esta época de cambios tan profundos, recobran especial actualidad. Afirma que el C.E.U. no es clasista, puesto que a él tienen libre acceso todos los estudiantes españoles, cualesquiera que sea su situación económica, no habiéndose negado hasta el momento cuantas ayudas han sido solicitadas. Como novedades para el nuevo curso, destaca la creación de una escuela de teología para seglares, que tiene por finalidad esencial, hacer teología en el mundo universitario, la ampliación de una serie de cursos especiales sobre la Empresa, Comercio Exterior, Urbanismo, Desarrollo Agrario, etc. Así como el establecimiento obligatorio de la enseñanza del idioma inglés, francés y alemán, a todos los alumnos de estudios superiores del Centro.

LECCION INAUGURAL

Finalmente, el Ilmo. Sr. D. Juan Iglesias Santos, catedrático de Derecho Romano, de la Universidad de Madrid, pronunció una magnífica y extraordinaria lección inaugural sobre el tema "Relectio de Yure" (Del "Jus" al Derecho), el cual, entre otras cosas, dijo lo siguiente: "Con sinceridad descarnada, hay que decir que un intelectualismo agüero y tendencioso, ha robado a la vida, a la del hombre, su sentido descarnado. Pese a las críticas y

sentencias condenatorias del Derecho Romano, tal como dijo Pío XII: "La razón de Roma no ha muerto y su severo pensamiento jurídico no ha perdido, a través de los siglos, el fulgor que irradiaba de las pupilas de los grandes Pretores y de los Juriconsultos Imperiales. El derecho se refiere al hombre, pero el hombre es ser de dos mundos. Tal verdad no es ignorada por la sabiduría sacerdotal del Jurista Romano, que tiende un puente entre lo humano y lo divino, entre la tierra y el cielo, entre el polvo y las estrellas. El Derecho no puede ser menos que la segunda religión del hombre inspirada en la primera y superior. Tales puntos de vista de nuestra tradición jurídica de la española, donde con secular amor se cuida el doble fin religioso y político del derecho".

El señor Iglesias terminó su lección magistral, diciendo:

"Hoy cuando vale más riqueza que virtud; cuando el rango y el mérito del hombre se mide por el grosor de sus negocios; cuando ni los hombres más concordes consigo mismos ven libros de la angustia del asedio; cuando el alma y el corazón del hombre no tienen tiempo para la poesía; cuando tantos se erigen en definidores de aquellos que ignoran; cuando triunfa el amor a la denigración y a la mentira; cuando el mito materialista reemplaza a la fe; cuando la confusión se enseorea aquí y allí; hoy, cuando todo esto ocurre, los juristas y los no juristas hemos de creer que el Derecho, casado con la Justicia, puede servir para curar los males individuales, nacionales y universales."

El conferenciante fue largamente aplaudido. Por último, el Ilustrísimo Sr. Subsecretario, declaró inaugurado el Curso 1967-1968.

El Consejo Nacional de la A. C. N. de P., acuerda poner en marcha la Fundación Benéfico-Docente de San Pablo

Se aprueba por primera vez en la historia de la Asociación la admisión de socios femeninos

A las nueve treinta horas del día 18 de noviembre, y en el Colegio Mayor de San Pablo, de Madrid, se reunió el Consejo Nacional de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, bajo la presidencia de don Abelardo Algora Marco, y con asistencia del señor Consiliario Nacional, y de los Consejeros Nacionales, señores: Martín Artajo, Martín Sánchez Juliá, Amorós, De Diego, Sánchez Morales, López Arriba, Sánchez Apelláiz, Pérez Crespo, Monttobio, Jiménez Mellado, Lavilla, Colomina, Cano y Reguera.

En primer lugar, se procede a dar lectura del acta de la sesión anterior, que es aprobada por unanimidad. Seguidamente, el presidente de la Asociación, informa al Consejo de su reciente viaje a Roma, con motivo del III Congreso de Apostolado Seglar. Expresa, después de un saludo cordial de bienvenida a los nuevos consejeros, su satisfacción ante la marcha general de la Asociación y, especialmente, por la incorporación activa de un amplio grupo de jóvenes. No faltan tampoco —continuó diciendo el presidente—, motivos de preocupación. Una cierta falta de unidad entre los propagandistas, la diáspora de los hombres de la A.C.N. de P. y el incumplimiento de algunas obligaciones en relación con la Asociación. Finalmente, exhortó a la unión y a la colaboración entre todos los propagandistas.

A continuación, don Manuel Amorós, informa sobre las vicisitudes de la Consti-

tución de la Fundación Benéfico-docente, y considera conveniente que se ponga en marcha lo antes posible; lo que es aprobado por el Consejo. Don José Giménez Mellado interviene luego, para informar acerca de las convenciones de jóvenes propagandistas, que se van a celebrar en el presente mes de diciembre, en el Centro de Madrid.

Los consejeros, Sres. Lavilla y Pérez Crespo, hacen un resumen de la última Asamblea General, celebrada en La Granja. Acordándose, seguidamente, la admisión de socios femeninos, al mismo tiempo que se aprueba preparar una circular a todos los Centros sobre este mismo punto.

El informe sobre las obras de la Asociación está a cargo de los consejeros, Sres. Giménez Mellado, quien habla sobre el C.E.U.; Cano Sánchez, del Colegio Mayor de San Pablo; Pérez Crespo, acerca de la Escuela de Formación Profesional de Alcantarilla; y De Diego, que versa sobre las Conversaciones Católicas Internacionales.

Por último, se aprueba el nombramiento del nuevo secretario del Centro de Cáceres y se ratifica en su cargo, para un nuevo período, al de Sevilla.

Se acuerda iniciar el expediente de creación del Centro de Málaga.

Se aprueban las solicitudes de admisión de nuevos socios.

No habiendo más asuntos que tratar, se levantó la sesión.